

SABATO Y COMPAÑIA

(Algunas meditaciones sobre Ciencia y Literatura)

Cierta vez soñé que alguien me dijo que el acto de recordar era efectuado por los riñones. No recuerdo bien si le creí, pero al despertarme recordé el sueño. Traté de analizar ese proceso nimio del recuerdo y, ya despierto como estaba, disentí con el personaje. Algo que nunca supe es si disentí en mi sueño. O sea que hay cosas que, ya para siempre, no se saben.

Una de mis meditaciones más recientes sobre Sábato se produjo al terminar de leer yo un artículo en la Británica. Era no recuerdo qué detalle en conexión con el idioma Fortran en computación; y eso, para una novela que escribía. Por supuesto que copiar de ahí media columna y hacer que un personaje lo dijera no era el caso: ya lo había hecho Arthur Hailey, pensé, y alguna otra gente con menos talento aún. Incorporar a la novela cierta índole de cosas, *pero de un modo que nunca se hizo*, pensé también, era bien intentable por Sábato. Lamenté que no lo hiciera nunca y razoné, con egoísmo, que si hubiera intentado aquello podría llegar ahora en mi auxilio con medio camino hecho. *Qué* hubiera sido su obra en ese caso, sería como si se preguntaran si fui crédulo en mi sueño.

Los conocimientos de física de Sábato los sospeché siempre enormísimos. Pero no se los dejó absorber. Claro está que la literatura absorbe, antes que nada, más literatura; después, solamente después, podrá absorber el astrolabio, o si no la guerra en Flandes. La pintura de hoy absorbió latas de café, y todo ese mundo que en el fondo es un submundo, tenebroso a veces, del *advertisement*. Buena parte de la música—hay ejemplos al revés—fue absorbida por la tecnología. Cuando la ciencia absorbe a la literatura se produce ciencia-ficción; y nadie me sacará de la cabeza que los personajes de Arthur Clarke son absolutamente planos: la tercera dimensión ausente se llama literatura. De ahí que esas novelas no sean tales sino largos informes relativamente fantasiosos y con gente adentro.

En la cultura están pasando cosas raras, sin duda, y Sábato, en su obra, se atuvo a lo que era importante para él: atender a las pasiones

de los hombres y no a ciertas locuras. Sin embargo, aunque estoy en desacuerdo con la afirmación de Werner von Braun en el sentido de que la curiosidad humana es casi una virtud, e inextirpable, creo que será difícil que esa realidad ya impuesta retroceda. Habrá que absorberla entonces.

Pero, ¿cómo hacerlo? En un ensayo titulado *Literature and Science*, que data de 1963, afirma Aldous Huxley, como si quisiera alentarnos, que «aprendimos que existe una endocrinología del entusiasmo y la desesperación, una química de la intuición mística y, en relación con el sistema nervioso autónomo, una meteorología y aún, según el profesor Piccardi, una astrofísica de los humores cambiantes».

Seduces, pero: ojo. Ya he notado que Huxley, aún con toda la perspicacia que tiene, puede resultar grotesco a veces. Por supuesto que lo hace adrede: es la ironía de un europeo que puede permitirse usarla con respecto a un fenómeno demasiado familiar para él, y *por desgracia perfectamente consumado*. Fue también en Europa que parió la ciencia a la tecnología, esa hija suya descartada. Son todas cosas que, por otra parte, Huxley personalmente mamó en la cuna. Claro que esa ironía ya esgrimida anteriormente en su novela *Brave New World*, sobre la cual volveremos, nunca le estuvo permitida a Sábato. Se transformará en él en áspera protesta. Sus prevenciones contra la ciencia son tan grandes que le rehusará la entrada, no ya como temática sino como sustancia misma de su escritura amenazada.

Y amenazada, simplemente, porque hubo un momento en que todas las artes lo fueron. La óptica parió al cine, o sea el arte séptimo, amamantándolo después y reduciéndolo a una mera diversión o industria de eso. Cambió el rostro de la arquitectura decididamente, robándosela inclusive al arquitecto en pocas décadas, o sea al creador, para entregársela al industrial y al ingeniero. (Monsieur Eiffel es el primer antecedente serio de esa arquitectura nueva hecha por ingenieros). Y así como en pintura pudo conducir a ésta (aún antes de las latas de café) a esa especie de callejón sin salida del cual el expresionismo abstracto no fue otra cosa que una reacción abortada, así también absorbió la tecnología vastas zonas aledañas de la literatura, cosa que hizo no por la puerta grande sino por una claraboya prohibida: el de las grandes rotativas, al servicio de las cuales se alistó una pléyade infinita de reputados eunucos que escriben.

No, en la literatura misma no penetró todavía. Por eso, y puesto que lo hará de todos modos, sería bueno que lo hiciera por la puerta grande y sin forzar candados. Yo diría que es ahora un deber de los creadores el de preparar las pautas por las cuales lo que denomino acá absorción por parte de la literatura no resulte a la inversa; para

que ese acontecimiento inminente, irreversible, se efectúe de una forma honrosa y con un profundo esfuerzo de imaginación. Los hombres de imaginación solemos ser escrupulosos y serios, y no se nos arreglará con meras fantasías.

La situación, sin embargo, es bien compleja, aun en otras esferas. Los eunucos, ciertamente, están en todas partes. Un científico, inclusive, por regla general, es hoy un empleado, privado o estatal, cuya imaginación es escasa. Suele realizar su obra en medio de vastos sistemas de vasos comunicantes, cuya célula es el equipo. Cumple además un horario, y sabe poquísimo de lo que hay más allá de sus narices.

Por eso, el ciclo de los tanteos tipo *Brave New World*, y el ciclo que más acá de la creación llevan a cabo los eunucos de las diversas disciplinas, y el ciclo de los escritores que cierran las puertas a la ciencia son ciclos que se cierran—o que cerrarán pasablemente si acertamos a enfrentarles otro.

Debo señalar que desde hace casi cuatro décadas supo Sábato con qué bueyes araba. Por eso, de *aquel* lado nada esperó. Lo pone claramente en *Hombres y engranajes*: «Triángulos y acero, logaritmos y electricidad, sinusoides y energía atómica, extrañamente unidos a las formas misteriosas y demoníacas del dinero, constituyeron finalmente el Gran Engranaje del que los seres humanos acabaron por ser oscuras e impotentes piezas.»

Pero los seres humanos a los que se refiere se parecen mucho, todavía, al ya inexistente proletariado cuya presencia detectara Marx en los suburbios de Londres. No es todavía la generación de tanto castrado y nuevo escriba, de los empleaduchos de la ciencia o de los mercantiles ingenieros. Sábato escribió en la década del cuarenta acerca de un fenómeno social, que ahora es además artístico. Tenemos al enemigo ya *en casa*, y no se le podrá dar la espalda.

Hay algunos pocos novelistas que intentaron hacer algo por las buenas. Desconozco las novelas de C. P. Snow, a quien Buckminster Fuller alabara—si bien Fuller, aunque imaginativo, es un norteamericano optimista, o sea un optimista que exagera—. Lawrence Durrell intentó cierta vez una versión bondadosa de *Doctor No*. Tanto en su novela *Tunc*, como en *Nunquam*, un tecnólogo inglés que trabaja para la compañía Merlin, con filiales en Atenas y Estambul, crea primeramente a Abel, un robot, y crea después a Iolante, réplica exacta de una prostituta que conoció en tiempos pasados en el barrio de Plaka. Pero Iolante es un doble que confunde; en el fondo es una mujer de plástico y metal. Es un intento, sí, pero *no* es lo que yo quiero. Y eso de que el héroe escriba hablando...

Pero puesto que no es lo que yo quiero, justamente, es que lamenté en la ocasión que dije —egoístamente— lo de Sábato. Recuerdo que me consolé pensando que de nada hubiera servido que por ejemplo Fernando, el tenebroso antihéroe de *Sobre héroes y tumbas*, hubiese sido concebido a la manera de *Doctor No*. O que su hija Alejandra fuera una nueva lolante hecha por sus manos —lo cual explicaría de paso ciertas terribles frialdades de ésta con respecto al joven adolescente alrededor del cual todo sucede en la novela. «Sábato trabaja con los sueños», me dije. «Trabaja con símbolos y no con ferrita, o silicones. Su mundo es desinfectadamente opuesto, sus distancias son calculadamente enormes. Creó un mundo irracional en el cual las cosas vistas no son vistas sino con otros ojos. ¡Creó un mundo de ciegos, che!»

Sin embargo, intentos más fructíferos que el de Durrell lo constituyen dos novelas del mencionado Huxley: una es más antigua, la otra más reciente, aunque ya vieja también. En *Brave New World* asistimos a la confección de una utopía al revés, asistimos a las horribles cosas a las que podría conducir la permeabilización indiscriminada de nuestras vidas ante el fenómeno ciencia. Una divisa para esa novela podrían serlo estas palabras de *Hombres y engranajes*: «Y así aprendimos brutalmente una verdad que debimos haber previsto, dada la esencia amoral del conocimiento científico: la ciencia no es en sí misma garantía de nada, porque a sus realizaciones le son ajenas las preocupaciones éticas.»

La novela *Island*, de Aldous Huxley, fue escrita en la década del sesenta y, del mismo modo que en *Science and Literature*, el intento de maridaje es ya patente, y en varios sentidos. En realidad, lo que estaba intentando en esos momentos Allan Watts en el campo de la filosofía (me refiero a su encomiable síntesis entre los espíritus de Oriente y Occidente efectuado en *Nature, Man and Woman*) es conseguido por Huxley en *Island*, donde un pequeño monarca oriental y un oscuro médico inglés, con conocimientos profundos ambos de sus propias tradiciones de vida, generan en la isla de Palas una cultura diferente en la cual la biología aplicada y las técnicas de meditación constituirán puntos básicos de ese nuevo universo espiritual. La novela es utópica, y también realista. Porque finalmente ese armatoste anticultural que aún nos oprime y que es la industria pesada, adoptará el rostro de la guerra o, mejor dicho, de invasión lisa y llana, con lo cual esa incipiente tradición será ahogada en pañales.

He mencionado a C. P. Snow, y dije que desconozco sus novelas. Bueno: otro efecto eficaz de la tecnología resulta ser la burocracia. Me refiero a eso de esperar una hora sónica e incómoda en un aero-

puerto cualquiera, para después viajar media hora supersónica. Me aterran esas cosas, y por eso no he leído a Snow en la Biblioteca Nacional de Madrid, en cuyos ficheros figuran obras suyas. Pude obtener para esta nota un solo tomo de Sábato, uno de Huxley, uno de George Kepes (aunque no el que yo buscaba) y el famoso ensayo de Snow al que me referiré someramente..., ¡aunque en lengua catalana!

En ensayo de C. P. Snow hizo roncha en su tiempo. Suscitó una polémica abultada en las páginas de un rotativo londinense, y mereció de un biógrafo de D. H. Lawrence una acerba protesta condensada en un libro entero. El de Snow es *The Two Cultures and the Scientific Revolution*. Fue publicado en 1959 y la réplica de Leavis, según la Británica, en 1962. El libro de Snow focalizó por primera vez el intenso drama de desunión que aún están viviendo a ambos lados del abismo, investigadores y artistas. Snow intenta abrir las puertas, y al mismo tiempo es prudente. Se autodefine como «científico por formación, escritor por vocación». Se ríe de Rutherford, lo cita: «¡Nuestra época es la edad heroica de la ciencia! Es la nueva era isabelina.» Y a esa ingenuidad toda nueva responde con más moderna ironía: «(Rutherford) pretendía transformarse en un nuevo Shakespeare.»

Sí: mucha agua corrió bajo los puentes. A los alaridos ingenuos del comienzo respondió la exasperación de algunos escritores. Después, nuevos acontecimientos vinieron. Alguien señaló que en pocas décadas hemos vivido simultáneamente la Era Atómica, la Espacial y la Cibernética. Esas «eras», lo sabemos, aún no terminaron. Pero nadie ya podrá decir, en el futuro, lo que dijo Ernesto Sábato (quien ha vivido en su carne ese drama desgarrante) al evocar el tiempo en que permaneció en París: «Pero cuando levantaba la cabeza de los logaritmos y sinusoides, encontraba el rostro de los hombres.» Cuando Sábato estaba en los laboratorios Curie, en 1938, los hombres y sus creaciones parecían irreconciliables.

Excusemos ahora a un viejo poeta la inversión de la sintaxis, y obtendremos el quid de la cuestión:

*Grau, teurer Freund, is alle Theorie
Und grün des Lebens goldner Baum.*

Porque ni el tiempo, ni el dinero, son de oro. Pero lo es la vida, y el viejo Goethe lo sabía. También él anduvo entre chirimbolos.

CARLOS DUBNER

Santa Rosa, 1137
Godoy Cruz
MENDOZA (Argentina)